

tnc



LA REVISTA DE LA CULTURA CANNABIC

EFEDRINA
SECRETOS DE
LABORATORIO

ANO 2 N° 12 / OCTUBRE 2008 / ARG \$12 / URU \$1100 / BRA R\$12 / SOLO PARA ADULTOS



REBELIÓN EN LA GRANJA

SECUESTRO, TORTURA Y DESCONTROL EN COMUNIDADES TERAPEUTICAS
EL ENCIERRO DE CHARLY Y LA LIBERTAD SEGÚN ALEJANDRO URDAPILLETA
OPINAN: SYMNS, ZAFFARONI, ANIBAL FERNANDEZ, MARCHETTI Y GORBACZ

MANUAL DE SIEMBRA ★ DEALERS: EL POLINARCO ★ AMPARANOIA

*Los animales asombrados,
pasaron su mirada del cerdo al hombre,
y del hombre al cerdo;
y, nuevamente, del cerdo al hombre;
pero ya era imposible distinguir
quién era uno y quién era otro.*

George Orwell, *Rebelión en la granja*.

EL REFORMATORIO

Por Pablo Galfré
Fotos Gisela Volá

Esta es una reconstrucción de lo que padeció un grupo de chicos dentro de la autodenominada “comunidad terapéutica” Volver a Empezar. Fue posible gracias a sus testimonios y el de sus familiares. También resultó crucial para esta investigación el aporte del abogado Walter Reinoso y Elizabeth Aranda Coria, ex psicóloga de esa institución y ahora denunciante. Los responsables están libres y siguen “trabajando” al servicio de la comunidad.

Hacia dos días que había caído preso en la comisaría de Mataderos por un par de dosis de paco. Estaba dormido cuando las lágrimas de su madre lo despertaron y le rogaron que se internara. Siguió durmiendo después de darle un beso y decirle que

sí. Al despertarse miró por la ventana que daba a la calle: cuatro hombres corpulentos cruzados de brazos se reían entre sí mientras observaban detenidamente la casa. Bajó las escaleras, saludó a su familia y se fue.

El viaje en coche hacia la comunidad fue de película. Estaba sentado en el asiento trasero rodeado por dos monigotes de anchas espaldas y cuerpos longos. Fue entonces que cometió el error de anunciarles que conocía la zona adonde lo estaban llevando. Los cuatro integrantes del vehículo intercambiaron miradas cómplices y el chofer dio vueltas para despistarlo. El conductor era Carlos Alberto Nenning.





MARCELO. La internación duraba 3 años y él pidió irse. Casi lo ahorcan.

En marzo de 2005 y Marcelo tenía 19 años. Tras dos temporadas de consumo de Aseptobron® (esas pastillas que calman el dolor de garganta pero que en grandes dosis producen alucinaciones) y dos meses de paco, hacía su entrada triunfal en la comunidad terapéutica Volver a Empezar: una típica casa quinta del norte de Buenos Aires, con un parque de 500 m² completamente enrejado y rodeado por ligustrinas.

Cuando llegó, el sol ya estaba cayendo. Lo llevaron a su cuarto, le sacaron su reloj (el tiempo se había acabado para él) y le presentaron a sus compañeros de encierro: 14 chicos demacrados de entre 16 y 22 años con las cabezas rapadas. Mientras comía fue testigo de cómo un coordinador reprendía a uno de los pibes por poner un tenedor de menos en la mesa. “¡Falopero de mierda! ¿Por qué te olvidaste de poner el tenedor? ¿No sabés contar? ¿200 saltos de rana ya! ¡Todos!”. Todos salvo él, porque era el nuevo.

A las 6 de la mañana del día siguiente los coordinadores los levantaron golpeando cacerolas y ollas al grito de “¡A desayunar, faloperos!”. Como todas las mañanas deglutieron un pedazo de pan y un mate cocido, en no más de cinco minutos. Los coordinadores cronometraban todos sus tiempos.

DESCONTROL

En Argentina cualquiera que tenga una quinta puede montar una Comunidad Terapéutica. Según pudo constatar THC, los únicos requisitos son una habilitación por parte de la Dirección de Establecimientos de cada provincia y otra de las secretarías de Salud provinciales, para la cual solo basta pedir la supervisión de un psiquiatra.

A pesar de tratarse de situaciones en las que se juega la salud mental y la libertad física de las personas, no existe un organismo nacional encargado de controlar y supervisar estas clínicas privadas. La Sedronar, según consta en el testimonio brindado en la causa contra Volver a Empezar, solo fiscaliza las granjas privadas a las que envía a sus “becados”. El Gobierno, por su parte, justifica la situación debido a la ausencia de un plan federal para la atención y el tratamiento de las adicciones.

parar de correr cuando se arrepintió al ver lo que le hacían a los que se atrevían a detenerse.

Alejandro (un tucumano de 17 años que había llegado a Volver a Empezar en septiembre del 2004 derivado por un juez de menores de su provincia llamado Oscar Ruiz) era arrastrado por el piso por otro de los coordinadores, Mariano Gordillo, en una zona de la quinta donde había adoquines y ripio. El pibe terminó todo ensangrentado y moretoneado. Durante cuatro horas estuvieron corriendo, haciendo saltos de rana y flexiones de brazos sin tomar un solo vaso de agua.

“De Carlos Nenning —presidente de Volver a Empezar, como a él le gustaba que lo reconozcan— nunca me voy a olvidar cuando nos hacían correr durante horas sin beber agua y él nos miraba desde una esquina tomando una gaseosa mientras nos gritaba: ‘¡Corran, corran, vamos tiernitos, maricones!’”, recuerda con rencor Mauricio M., un compañero que Marcelo conocería después.

En un momento de descanso, Marcelo entabló una conversación con uno de los asistentes de los coordinadores.

—¿Por qué estás acá?

—Mis viejos me pidieron que venga. Mi idea es estar acá unos tres meses,

Lo llevaron a su cuarto, le sacaron su reloj y le presentaron a sus compañeros de encierro: 14 chicos demacrados de entre 16 y 22 años con las cabezas rapadas.

o “¡Cocaína, mala, mala!”. Ésta era la metodología para “la recuperación de los adictos”.

LA VOLUNTAD

Por ese entonces Marcelo había adelgazado cerca de 15 kilos y tenía el cuerpo despedazado por el abuso de drogas. Su cuerpo ya era diminuto. “A los 40 minutos de correr el corazón me latía muy fuerte, sentía que me golpeaba el pecho, que en cualquier momento me desmayaba”. Estaba por

alejarme de las malas compañías del barrio y volver a mi casa.

—Ja, ja, ja. Acá la internación dura tres años y medio, y eso es lo que te vas a quedar —fue la respuesta que recibió.

La angustia se apoderó de él. Marcelo no podría soportar semejantes apremios ni un día más. De inmediato pidió hablar con Alejandro Zaniratto, uno de los coordinadores de la comunidad, cuñado de su hermana y quien había recomendado a su familia que lo internaran ahí.

—Yo vine acá por mi propia voluntad, pero no me gusta cómo nos tratan. Me quiero ir. Llamá a mis padres, por favor —le pidió a Alejandro, sentado detrás del escritorio y con las piernas apoyadas en él.

—Vos de acá no te vas nada.

—¿Cómo no me voy a ir? Llamá a mis padres por favor para que me vengán a buscar. ¿Acaso estoy privado de mi libertad?

Alejandro, su metro noventa de estatura y sus 100 kilos se levantaron y agarraron del cuello al metro sesenta y cinco y 50 kilos de Marcelo, y lo estrellaron contra la pared de enfrente. Lo sostuvo en el aire acogotándolo durante varios segundos hasta que otros coordinadores los separaron. Marcelo, humillado, se fue para su cuarto sabien-

do que su única opción era esperar un mes en esa madriguera hasta que llegara la primera visita de sus padres.

“Me quedé muy asustado. Esa noche no dormí. Me quedé paranoico, pensaba que me iban a matar”, recuerda. Pero hoy, en la pizzería donde trabaja mientras cuenta esta historia, está llorando y se calla. El horror es una constante factoría de silencios.

LAS RUTINAS

Pasaban los días y Marcelo iba conociendo al resto de sus 14 compañeros mientras conocía las técnicas terapéuticas que se utilizaban en Volver a Empezar para que los jóvenes dejaran las drogas. Aquí el decálogo:

1. El *confronte*. técnica utilizada por el conductismo que se reduce a que todos los adictos formen una fila, pongan las manos detrás de la espalda e insulten de a uno al compañero que cometió “una falta”.
2. Ducharse en 40 segundos. Mientras un compañero cuenta al lado en voz alta: “¡1, 2, 3, 4...! ¡Fuera!”.
3. Pedir permiso para todo. Para beber agua y también para cagar.
4. Cumplir con penalizaciones que iban desde cavar pozos durante 15 días hasta quedarse parado cinco horas mirando fijo el mismo árbol.
5. Cortar el pasto con tijeras escolares o machetes.
6. Flotar en invierno en una pileta con agua podrida hasta que el cuerpo diga basta (cuando se cansaban y se agarraban del borde, los coordinadores les pisaban los dedos y luego les hundían la cabeza hasta ahogarlos).
7. Vaciar la pileta con baldes y volver a llenarla con los mismos baldes.
8. Hacer gimnasia sin parar durante cuatro horas al día.
9. Hacer saltos de rana y flexiones de brazos dentro de una habitación hasta que los vidrios se empañaran.
10. Caminar de rodillas por un sendero de adoquines.

Pero la principal rutina y la que los coordinadores más disfrutaban era ponerlos en presión. Esto significaba ser el primero en levantarse al alba y el último en acostarse a la madrugada durante toda una semana, cumpliendo varias tareas.

A Marcelo la primera vez le tocó junto a Matías, otro tucumano. “Teníamos que limpiar la casa constantemente, hasta lo que ya estaba limpio. A cada rato nos llevaban a confrontar. De comer nos daban un plato de ensalada. Pero nos obligaban a comer todo por separado: primero la lechuga, después la zanahoria, tercero la cebolla, cuarto el tomate, y sin poder tomar agua. Con toda la comida en la panza nos obligaban a hacer saltos de rana”.

“Después teníamos que lavar los platos de los 20 que comían, pero solo nos daban 5 minutos para hacerlo. Si no llegabas, agarraban lo que estaba limpio, lo ensuciaban de nuevo y a volver a lavar, y así durante toda una semana. Era la tortura constante. Cada vez que querías ir al baño para lo que sea tenías que pedir permiso. ‘Permi-

so para defecar, permiso para orinar’, pero cuando estabas en presión no podías ni ir al baño. Te la tenías que aguantar o cagarte encima”. Y esa vez su compañero, el chico tucumano, se cagó encima.

MAURICIO

A diferencia de Marcelo, Mauricio estaba despierto en enero de 2004 cuando su padre le contó una mentira. “Te conseguí trabajo en una granja de la zona”, le dijo. Cuando llegó a la famosa “granja” y la tranquera se cerró tras sus espaldas, aún no sabía que esas miserables tablas de madera en realidad eran las rejas de su prisión.

Esta comunidad terapéutica se llamaba Juntos por la Vida. Cuando Mauricio llegó, tenía 19 años y pesaba 120 kilos (se había descompensado luego de dos años de consumo constante de pegamento). Enseguida le podaron las rastas, como si fuera el Sansón de la falopa.

En esta fundación estuvo internado un año entero, también haciendo saltos de rana, corriendo sin parar y confrontando. Pero de lo que nunca se va a olvidar es de cuando le hicieron probar de su propia mierda. Uno de los castigos (o terapia, según ellos) era hacer cuerpo a tierra y arrastrarse con los codos por una zanja cubierta con excrementos que ellos mismos sacaban del pozo séptico. “Teníamos que hundir la cabeza ahí y hacer globitos”, cuenta Mauricio.

Un buen día Carlos Nenning, que también tenía internado a su hijo y a la vez era uno de los padres que coordinaba la institución, cansado de los maltratos que recibían los chicos decidió armar una nueva comunidad. “Un lugar distinto”, según decía. Ese lugar fue bautizado Comunidad Terapéutica Volver a Empezar. En realidad, Nenning no quería hacer algo distinto. Tan sólo quería ser el Rey de la Mierda.

Ya en esta nueva comunidad, una noche a mediados del 2004, Mauricio y un compañero aprovecharon que uno de los coordinadores se pasó de drogas y se quedó dormido estando de guardia. Sigilosamente le sacaron las llaves del bolsillo, abrieron la puerta del chalet y se fugaron de puntitas de pie.

Por tres semanas se refugiaron en la casa de la hermana de un amigo de Mauricio. “Cada tanto hablaba con mis viejos por teléfono y les explicaba por qué me había fugado, les decía todas las torturas que tenía que sufrir en Volver a Empezar”. Pero daba lo mismo. Ni los padres le creían. Luego de escuchar cómo les explicaban que los adictos son patológicamente mentirosos, prefirieron creer en quienes torturaban a su hijo.

Durante estas breves vacaciones, Mauricio aprovechó para realizar algo que hacía tiempo no hacía: el amor. Vivió un romance fugaz con la dueña de casa, una risueña adolescente, hasta que sonó un molesto timbrazo. La chica miró por la mirilla de la puerta y la imagen ovalada y deformada de Nenning le advirtió que algo no anda-

ba bien. Intuyó que eran los verdugos de su amante, giró la cabeza y gritó: “¡Rajen de acá! ¡Ya!”.

Mauricio y su compañero subieron rápidamente las escaleras hasta el techo y saltando de casa en casa se escaparon de sus captores. La ropa colgada de los tenders, las antenas de TV y los tanques de agua fueron cómplices en la fuga.

Siguieron yirando hasta que no hubo más donde esconderse y Mauricio decidió confiar en las palabras de sus padres: “Volvé. No te vamos a internar”. Una vez en su casa, cuando estaba

lante. Blandiendo una pistola, le dijo: “Quedate tranquilo. Ya está, ya estás adentro, ya no está mami, ya no está papi”. Ya no había nada.

Cuando lo depositaron de vuelta en la comunidad, la venganza fue terrible. Primero lo hicieron correr alrededor de la casa durante dos horas, intercalando con saltos de rana y flexiones de brazos, al grito de “Soyundrogadictodemia, todoestomepasaporfalopero, nuncamásmevoyaescapar”. Después toda la casa lo confrontó: Matías, Alejandro, Marcelo y compañía fueron

Una de las técnicas terapéuticas era flotar en invierno en una pileta con agua podrida, cuando se cansaban y se agarraban del borde, les pisaban los dedos y luego les hundían la cabeza hasta ahogarlos.

durmiendo en el sillón del living con sus dos perras pitbull como vigías, un portazo lo despertó. Javier Rojas y dos más lo levantaron de brazos y piernas y se lo llevaron ante la mirada atónita y culposa de sus padres.

“¡Antes de internarme prefiero que me maten! ¡En su puta vida me van a volver a ver!” fue lo último que escucharon de boca de su hijo. Sus captores lo agarraron de las bolas para callarlo y lo tiraron dentro de un Duna rojo. Nenning lo esperaba sentado al vo-

pasando y escupiendo en su cara al grito de “Sosundrogadictodemia, todoestomepasaporfalopero, nuncamás-tevasaescapar”.

En tercer lugar, lo sentaron semidesnudo en una silla mientras los coordinadores le tiraban baldazos de agua helada. Como cuarta pena, estuvo cavando un pozo durante 30 días. Siempre el mismo. Cavaba y lo volvían a tapar. Quinto castigo y final: su ración de comida diaria dejó de ser la miseria que comían todos los días para

EL VERDUGO

Al entrar al predio de la Asociación Civil Ligüen (un triste chalet de Morón con un patio en el frente), las imágenes se intercalan sórdidas. En la mañana más fría del primer otoño, un chico baldea innecesariamente el camino de baldosas (limpias) que va desde la vereda a la puerta de la casa, mientras cuatro perros se muerden la cola encerrados en unas jaulas.

En busca del testimonio de Carlos Alberto Nenning, mi compañera fotógrafa y yo le decimos que venimos de una revista española que lucha contra las drogas. Antes de prender el grabador, Nenning nos advierte: “Vos me llamás y me decís ‘quiero hablar con el psiquiatra o con los adictos’, pero acá no hay yo quiero, no existe esa libertad”.

¿Cuál es la metodología terapéutica que emplean?

Los drogadictos nunca tuvieron límites y acá se los ponemos. ¿Cómo se le enseña a una persona adulta a tener límites? Muy sencillo: le ponés límite para todo. Tienen que pedir permiso para lo que sea. Quieren ir al baño, tienen que pedir permiso; quieren un vaso de agua, tienen que pedir por favor; para entrar a mi oficina tienen que golpear y pedir permiso, y hasta que yo no les diga que pasen no entra nadie.

¿Utilizan el confronte?

Sí, pero no a los gritos (se pierde en su respuesta). Acá el único que puede hacer las cosas sin permiso y entrar a dónde quiera soy yo, nadie más. Acá no vas a escuchar una sola mala palabra, ni de los chicos ni de los ope-

rar los restos de esa miseria. Sí, todos los días y todas las noches de este mes de penitencia Mauricio tuvo que comer de la basura.

LA GRAN PRESIÓN

Emulando el pensamiento enraizado en la derecha argentina, el pasado no existía dentro de la comunidad. Sólo existía el presente, tortuoso, y el futuro, indefinido. Pero una noche durante la cena Alejandro se atrevió a rebobinar un poco y le comentó a un compañero: “En Tucumán yo salía con los pibes del barrio y...”. Eso bastó para que Mariano Gordillo tejiera una sonrisa, le hiciera una seña a los otros coordinadores y todo se transformara en un gran caos demencial.

“Entraron los seis gritando ‘¡La casa está en presión, faloperos hijos de puta!’. Tiraron todos los platos al piso, la comida, los vasos, dieron vueltas las mesas y nos obligaron a todos a hacer cuerpo a tierra alrededor de todo el interior de la casa. Como ellos eran seis y tenían todas las esquinas vigiladas, era imposible parar”, testifica Marcelo.

En realidad era posible, pero sus consecuencias eran atroces. “Uno de los pibes, al que le decíamos ‘el tontito’ —el mito decía que había violado a su madre y a su hermana—, por el cansancio y el nerviosismo se acalabró y no pudo más. Entre dos coordinadores lo agarraron de los brazos y lo arrastraron por toda la casa golpeando su cuerpo contra las paredes y columnas. Después lo pusieron boca arriba, le sujetaron los

radores. La única mala palabra que vas a escuchar va a salir de mi boca. El único maleducado acá soy yo.

¿Siempre se llamaron “Asociación Civil Ligüen”? (Silencio). Sí. Desde que fundamos la institución en 2003. ¿Por qué preguntás?

Su mujer se acerca al escritorio y trae solo una taza de té, mientras los ahí presentes somos tres. *Este es el jarro de Carlos*, dice la estampa de la taza que seguramente lo llena de orgullo. En un momento de distracción, mi compañera me señala la ventana que está frente a nosotros. Detrás de la cortina vemos a un chico caminar una y otra vez. Tiene el andar de los humillados: arrastra los pies y mantiene la cabeza gacha. Creo que nos quiere decir algo. Seguramente que lo saquemos de ahí.



brazos y las piernas, mientras otro coordinador le echaba pequeños chorros de agua en nariz y boca”.

Durante la época de la Inquisición, Tomás de Torquemada y sus seguidores utilizaron esta metodología tortuosa. Les apasionaba porque el agua es pura, cristalina, no deja huellas en los cuerpos vejados. 500 años después, George Bush y sus tropas utilizan la misma técnica sobre los presos de la prisión de Abu Ghraib, en Irak.

Cuando concluyeron las torturas físicas y la casa estaba hecha una laguna, los coordinadores les ordenaron a sus prisioneros secar todo. Pero no con secadores, sino con sus propios calzoncillos. Mauricio pidió desde el suelo que por favor le dieran un secador.

“Tomá, limpiá con esto”, le contestó Javier Rojas alcanzándole una afeitadora Gillette. “Tiene la misma forma que un secador, ¿no?”.

Y así estuvieron tres horas limpiando y fregando cuerpo a tierra. Un coordinador se acercó y preguntó: “¿Qué prefieren hacer ahora? ¿Doscientas flexiones de brazos o que mojemos todo de nuevo y ustedes secan?”. Los pibes, abatidos, optaron por el mal menor: el ejercicio físico. Pero si la pregunta fue sádica, la respuesta fue sanguinaria: “La calle y las drogas eran fáciles. Acá dentro de la comunidad todo es difícil”. Seis baldes desparramaban ríos de agua nuevamente por el suelo.

Terminaron de secar, esta vez con pocos trapos, y los obligaron a dormir

ahí tirados. Pero la tortura no había concluido. “Cuando escucharon el primer ronquido aparecieron todos gritando y nos obligaron a hacer flexiones. Luego nos dejaron dormir y a los 10 minutos aparecieron de vuelta y lo mismo: ¡A correr manga de drogadictos!, y nos empezaron a tirar más agua”, recuerda Matías, también separado de su familia por el inefable juez Oscar Ruiz e internado tan solo por consumo de marihuana. “Así nos tuvieron sucesivamente hasta que amaneció, no nos dejaron dormir en toda la noche. Yo lo único que esperaba era que llegaran mis viejos y me rescataran de ahí. Nunca me sentí tan humillado”.

Todas estas atrocidades sucedían con la venia del director psiquiátrico

de la institución, Silvio Hoffman. Y los pibes lo recuerdan bien. “Cuando yo le decía las cosas que nos hacían él se reía en mi cara”, cuenta Alejandro. “Afirmaba que cavar pozos era parte de la terapia, que nos hacía bien para dejar las drogas”, dice Matías. “Cuando le contaba las cosas terribles que nos hacían hacer, él me decía: ‘Mirá que lindo los colores de las cortinas, ¿te gustan?’”, agrega Marcelo.

TRAICIÓN DE SANGRE

A mediados de abril de 2005, 45 días después de estar privado de su libertad en Volver a Empezar, Marcelo recuperó por un momento el entusiasmo. Llegaba el primer día de visitas y sus padres iban a verlo. Sin que nadie se diera cuenta había armado su bolso y se había preparado para partir, confiado en que lo sacarían de allí.

Lo obligaron a vestir una polera para que no se notaran lo moretones. Cuando se disponía a encontrarse con ellos un coordinador lo paró en seco y le advirtió: “A tus padres no les vas a decir nada de lo que pasa. Igual, si les decís algo no te van a creer porque nosotros ya les dijimos que los drogadictos son todos mentirosos. Tus padres no confían en vos, confían en nosotros”.

Marcelo asintió y se dirigió a sus padres cabizbajo pero decidido a contarles la verdad. Los abrazó desesperadamente, se sentó y los observó. “¿Me creerán a mí o a ellos?”, se preguntaba, y recién reaccionó cuando escuchó los gritos de un compañero. “¡Les suplico que me saquen de acá, por favor! ¡No les crean! ¡Créanme a mí que soy su hijo!”, eran las súplicas de Álvaro, otro chico tucumano también derivado por el juez Oscar Ruiz. Era inútil, sus padres ya habían escuchado atentos de boca de los coordinadores las supuestas mentiras que un drogadicto vertía.

El pibe se desesperó, huyó y se encerró en el coche de ellos. Uno de los coordinadores agarró una piedra y rompió el vidrio del vehículo. “¡Si me vuelven a meter en ese lugar, me como todo el vidrio!”, gritaba desesperado, amenazando con un puñado de vidrio en su mano enrojecida y viendo como la libertad se le escabullía una vez más. Segundos después, dos de los coordinadores entraban al auto y lo arrastraban hacia la comunidad mientras Álvaro pronunciaba palabras inentendibles con su boca llena de vidrio y sangre.

“Fue terrible ver eso. Me desmoronó. Si yo le hubiese dicho a mi viejo la verdad, él me habría creído y sacado de ahí—reflexiona Marcelo hoy con su beba en brazos— pero yo estaba vencido psicológicamente por temor a las represalias”. Los pibes de la comunidad ya sabían que no podían confiar en sus padres y que escapar solos tampoco era una opción.

Ya era la hora de una rebelión en la granja.

EL GRAN ESCAPE

La huida se empezó a planear con susurros. Cuando no había un coordinador, se decían algo al oído. En el momento

“También contamos con dos vehículos particulares y un equipo de 4 ex adictos acostumbrados a internar en contra de la voluntad, con o sin violencia y forcejeo”. Y trata de convencer a familias desesperadas valiéndose de su prontuario: “Hemos retirado de diversas maneras a 500 adictos siempre en 5 minutos, ninguno pudo darse a la fuga y el 85% se rehabilitaron permaneciendo internados durante 3, 6, 12, 24, y hasta 36 meses según el caso”.

Ahora Merenzon se encuentra sentado en un sillón amplio en el living de su casa, dentro del country El Jagüel, cerca de Pilar. Con su imponente figura—metro ochenta y más de 100 kilos— podría pasar tranquilamente como uno de los personajes de los hermanos Cohen. Uno de esos tipos que ante la menor diferencia te rompe la cabeza a patadas.

¿Cómo definiría a un adicto?

Es un bicho jodido que no quiere rehabilitarse. Va a contramano de las normas familiares: no está presente a la hora de la cena; cuando la familia se levanta para ir a trabajar, el tipo recién llega, drogado y alcoholizado; la madre tiene que esconder la cartera porque roba y miente; mata el teléfono hablando con dealers y mujeres zuelas; lleva drogonas a la casa. Es todo un caos vivir con un adicto.

¿Y qué se hace entonces con estos adictos?

Las familias deben internarlos en contra de su voluntad para salvarles la vida.

En la web dice que cuando alguien se comporta mal durante la internación es sancionado. ¿Qué sería comportarse mal y cuál es la sanción?

Comportarse mal sería cuando todos se levantan a las siete de la mañana todos los días, un paciente dice: “Yo no me levanto nada. Váyanse todos a cagar y duermo hasta la hora que quiero”. Y nosotros le contestamos: “Bueno, dormí hasta el mediodía pero te quedás todo el mes sin visitas, tu familia tiene la entrada prohibida ¡y en lugar de estar internado 12 meses te vas a quedar 24!”.

Uno de los datos que se remarca en su web es que los adictos, para tranquilidad de los padres, jamás podrán fugarse. La sección “Medidas de seguridad” se explaya al respecto: “Portón de rejas de 4 metros de altura siempre cerrado con candado grande, alambrado perimetral olímpico de 2.5 metros de altura con postes de cemento y dos hileras de alambre de púas”. Así es este hombre que se relame de encerrar a pibes en contra de su voluntad y se jacta de tener internados en este momento a más de 130 adictos, muchos de ellos literalmente secuestrados.

INTERNACIONES COMPULSIVAS Y VIOLENTAS

Corría el año 1990 cuando Alejandro Merenzon, ex adicto, pensó que para el año 2000 tendría que tener una especialización dentro del campo de la rehabilitación. “Yo veía que todas las comunidades terapéuticas eran muy parecidas, que todas eran de puertas abiertas, donde los adictos tenían la libertad de entrar y salir. Y precisamente lo que faltaba era una institución en donde al adicto se lo internara a pedido de la familia y no se le permitiera irse ni abandonar el tratamiento”, recuerda hoy. Así fue como en 1992 Merenzon creó la Asociación Civil El Paraíso, “un concepto nuevo y renovador en materia de Internaciones Compulsivas y Tratamientos Obligatorios en Comunidades Terapéuticas de puertas cerradas con estructuras antifugas”, según consta en su web [www.elgranparaíso.com.ar].

Esta metodología es la razón de ser de Merenzon y su institución. En ese apartado se explica que: “Cualquier familiar directo y co-sanguíneo del adicto que no quiere realizar un tratamiento de rehabilitación, con sólo acercarse a nuestras oficinas (sin comentarle nada al adicto) y firmando una solicitud de tratamiento [...] nuestro equipo altamente especializado acudirá para internarlo quiera o no el adicto. Tenemos 50 métodos y técnicas para internar en 5 minutos a quién no quiere”. Luego continúa: “Nosotros acudiremos al domicilio con o sin orden judicial de internación, con o sin personal policial, con o sin ambulancia o patrullero, con o sin personal médico”.

Internar a personas en contra de su voluntad y sin orden judicial no solo va en contra de los principios básicos de la Constitución Nacional, sino que también viola el polémico Art. 482 del Código Civil. Sin embargo, Merenzon se explaya por su web con total impunidad, emulando a los grupos de tareas que actuaban durante la dictadura militar.



Alejandro Merenzon



SIN SALIDA. Algunos no se querían fugar, no tenían a dónde ir o sabían que si los agarraban terminaban de nuevo adentro.

secuestrado dos años atrás. Anhelaba una en especial: la de su hermano menor, de dos años, a quien no había visto crecer. La encontró y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

Marcelo buscaba en vano la alianza de compromiso que había comprado para él y su mujer. Algún coordinador ya la había empeñado.

Cuando Alejandro abrió uno de los placares, una lluvia de alfajores tucumanos, cigarrillos, chocolates, galletitas y cientos de golosinas se desperdigó so-

que no los pudieran denunciar.

Abrieron la puerta de la casa desesperadamente, saltaron la tranquera de la quinta y empezaron a correr hacia la libertad. El plan era que Mauricio (conocedor de la zona) condujera al grupo hasta la Panamericana. Luego Marcelo llevaría a los chicos tucumanos hasta su casa, para darles unos mangos y así poder volver a su provincia.

Los pollitos se habían fugado de la comunidad. La rebelión había concluido.

Otro castigo era hacer cuerpo a tierra y arrastrarse con los codos por una zanja cubierta con la mierda que ellos mismos sacaban del pozo séptico. “Teníamos que hundir la cabeza ahí y hacer globitos”.

bre él. Eran algunas de las cosas que los familiares les mandaban y los cerdos incautaban. Le dio un mordisco a un alfajor de su tierra, encontró la llave y dijo: “La encontré, vayámonos”. Comieron desesperadamente algunas golosinas, agarraron sus bolsos, 70 pesos para movilizarse y un celular para

EPÍLOGO

A la hora y media de haber escapado, los nueve pibes fueron apresados por la maldita policía bonaerense. El coordinador-torturador Mariano Gordillo se había desatado y realizado la denuncia. Los policías no creyeron la versión de los pibes, sino

“SE COMETIERON AUTORITARISMOS AVALADOS POR EL DISCURSO OFICIAL”

Lic. Alberto Calabrese

Sociólogo y miembro del Comité Científico Asesor del Ministerio de Justicia / Extractos de su declaración en la causa contra Volver a Empezar.

Si para evitar que una persona continúe con las adicciones a sustancias psicoactivas se parte de un criterio moral que le atribuye a éstas un particular impacto criminológico “propio del mal”, se habilita algunos tipos de tratamientos que, con el fin supuesto de curar a esa persona, la hacen objeto de una disciplina estricta que muchas veces puede comportar actitudes vesánicas. Esto es sostenido en muchos casos por “ex adictos” en los que se visualiza que, como soportaron ese daño, son los únicos que pueden entender y curar a quienes lo padecen, cosa que demuestra a las claras que el tratamiento a esa manifestación de enfermedad es distinto a cualquier otra manifestación enferma del género humano. En Volver a Empezar se han cometido autoritarismos avalados por el discurso oficial y que además no curan. Es frecuente el exceso, sobre todo en las instituciones sin controlador y sin la interacción con profesionales.